EL BUZÓN

AZUL Y ROSA / JAIME PEÑAFIEL

Don Juan Carlos mantuvo una gran amistad con el republicano Antonio García Trevijano cuando era príncipe. El infante don Carlos, en el centro, ha aprobado finalmente la boda de su hijo Pedro con María Landaluce Melgarejo. ¿Qué pasará con Eva Sannum?

Méteme en la cárcel. La pasada semana ofrecíamos la primera parte de la curiosa y divertida historia de la amistad de Don Juan Carlos con el republicano Antonio García Trevijano, aquel «mexicano», propietario del más espectacular automóvil que jamás se haya fabricado en España: el Pegaso Touring del 58, actualmente expuesto en Barcelona junto a otros 10 coches de la misma marca. Por cierto, ¿qué fue del que la casa fabricante regaló al general Franco? ¿Qué ha sido, también, del Mercedes especial y único que Hitler regaló al dictador y cuyo valor puede alcanzar, hoy, cientos de millones? ¿Dónde están? A su regreso de las vacaciones en Estoril, donde el Príncipe había descubierto que el mexicano del Pegaso no era tal charro sino un republicano español de padre y señor mío, llamó a Trevijano. «Ya sé quién eres. Invítame a comer». Y de aquella comida surgió una gran amistad en la que ignoro qué pesaba más, si el notario o el Pegaso con el que debía de ligarse mucho y fácilmente. Edad tenía para ello. Don Juan Carlos acababa de cumplir 20 años. La amistad entre el heredero y Trevijano fue tal que un día, en el restaurante Savoy de Zaragoza, en el que cenaban junto al catedrático de Lógica Manuel Garrido, Don Juan Carlos le preguntó a su amigo republicano: «¿Tú crees que algún día seré Rey?». «Seguro», le dijo Trevijano. «¿Y qué es lo primero que tengo que hacer cuando lo sea?», inquirió el Príncipe. «Meterme en la cárcel», respondió el notario. Y ¡vive Dios que le encarcelaron! Posiblemente, recordando aquellas palabras, el Rey envió a la cárcel al diputado Chimo Muñoz para que explicara a Trevijano que no había orden suya sino de Fraga y de Carlos Arias. Aquel cadete, enamorado del Pegaso, es hoy Rey. El «mexicano» sigue siendo... republicano. ¿También amigo del soberano?

Dama con muchos humos. Mi *garganta profunda* viajaba en la primera fila de la clase turista, en el vuelo de Iberia, de las 12.20 horas Madrid-Bilbao, del pasado jueves, 22. Hora y media llevaban esperando los pasajeros del vuelo cuando, por fin, subieron al avión. En *business*, entre otros pasajeros, Paco Frutos, el líder de Izquierda Unida, que insiste y persiste en viajar en primera, y una muy conocida dama, princesa por matrimonio, divorciada o a punto de divorciarse, que ha puesto su título a trabajar para una firma francesa. Habían pasado 15 minutos, no más, cuando mi interlocutora, desde su asiento de turista, observó, que en el departamento contiguo de *business*, separado de ella tan sólo por una cortinilla, irrumpían tres guardias civiles. La presencia, por sorpresa, de la Benemérita, no sólo en el Parlamento sino en un avión, siempre asusta. Y si se trata de un vuelo al País Vasco, además preocupa. ¿Qué ocurría? Nada grave pero sí indignante. La ilustre dama se había puesto a fumar cuando bien es sabido que está prohibido hacerlo en todos los vuelos de Iberia. La azafata le llamó la atención y, ante la negativa de la aristócrata a dejar el pitillo, fue requerida la presencia de las fuerzas del orden que consiguieron quitarle los humos a la princesa que había olvidado que nobleza obliga... a dar ejemplo. Por su culpa, el vuelo se retrasó 30 minutos más.

¿Allanando el camino real? El infante don Carlos puede que sea un infante de otros tiempos. Pero no se le debe negar el sentido dinástico que siempre ha tenido de su apellido, de su Casa y de su posición en la lista de sucesión al trono de España, tras las infantas y sus hijos. No hay la menor duda que siempre ha llevado el título con dignidad. Con excesiva dignidad. Antes, como jefe de la Casa de las Dos Sicilias; ahora como infante de España, actualmente el único de la Familia Real, al no existir más hijos varones que Don Felipe, que también es el único príncipe. La pretensión del general de que también lo fuera Alfonso de Borbón Dampierre, cuando se casó con la impresentable *nietísima*, motivó uno de los pocos enfrentamientos de Don Juan Carlos con Franco. Aunque, al fin, cedió, tras los razonamientos del entonces Príncipe, en las invitaciones para aquella boda de la conspiración, se mantuvo lo de S.A.R. el Príncipe don Alfonso. El infante don Carlos, ignorando que los tiempos, afortunadamente, cambian, pretendió, como si de un rey se tratara, que su primogénito y heredero, Pedro de Borbón y Orleans, se casara con quien, a su juicio, debía, oponiéndose, inflexiblemente, y con una tozudez inhumana, que lo hiciera con quien quería, con María Landaluce Melgarejo. Como si la joven fuera una modelo de ropa interior cuando se trata de una muchacha perteneciente a eso que, decadentemente, se llama «de buena familia». Desciende de los duques de San Fernando de Quiroga. (Me gustaría saber qué juicio le merece al infante Eva Sannum como futura reina de España). Ha sido necesario que pasaran cinco años para que el infante llegara a la conclusión de que siempre puede haber alguien más polémico y conflictivo. ¿Habrá querido, con la aprobación al matrimonio de su hijo con María, facilitar el del Príncipe con Eva? ¡Vaya usted a saber!

PCHSSSSSS... Como alto funcionario ministerial llegó a Mallorca y se le dotó de seguridad y vehículo oficial. Así estuvo varios días hasta que alguien sospechó y telefoneó al ministerio en cuestión. No se trataba de ningún alto cargo sino de un ordenanza que ha estado sometido a tratamiento psiquiátrico. Nadie le quitará haber tenido los minutos de gloria, en este caso días, a que, según Andy Warhol, todo ser humano tiene derecho... ¿Quién es esa importantísima dama, de título nobiliario, todavía de buen ver a pesar de tanta cirugía estética, que selecciona a sus escoltas entre los más altos y más guapos del sector? ¿Por qué llamarles guardaespaldas cuando, a algunos, se les puede llamar otra cosa?... Tan seguro estaba de ser galardonado con el primer premio literario que cometió el error de anunciárselo a su hijo. No ha sido ni tan siquiera finalista. Para no decepcionar al pequeño, ha decidido editarse el libro. ¡Hijo, he aquí la obra de tu padre!

DESDE NUEVA YORK

EN PATINETE, PERO CON CASCO

Miércoles 28 de marzo. «Que no papá, que me estropea el pelo y me da calor», dice la niña de ojos azules con nariz respingona que se niega a ponerse el casco cuando se sube a su patinete. «Oye, niña, que yo no quiero que el alcalde me ponga una multa», contesta el padre, algo harto ya del debate del casquito.

Estos días en los que la Gran Manzana se pone colorada con los primeros rayos de sol, después de las heladas invernales, los neoyorquinos más jóvenes han sacado del armario su vehículo favorito para ir al colegio o para acercarse a los columpios de Central Park. Y no sólo los más pequeños. En el Soho, los patinetes, algunos con motor, son ideales para sortear los perpetuos atascos que hay en Broadway y alrededor de Washington Square.

Los patinetes vuelven a las calles y, con ellos, sus conductores a toda velocidad, las madres a toda prisa acelerando el paso para seguir el ritmo de sus hijos, las ancianitas de Park Avenue que se apartan con pánico para protegerse la cadera y los señores con perro que se quitan de su camino. Y este año, también los guardias con la libreta de multas, porque el alcalde Rudolph Giuliani ha decidido que los niños menores de 14 años deben utilizar casco. Si no lo llevan, sus padres sufrirán las consecuencias en la chequera.

40.000 americanos fueron atendidos por accidentes de patinete en 2000. En NY ir sin casco se multa con 10.000 pesetas

Quien más sabe de los peligros de los patinetes son los médicos de la sala de urgencias del Hospital Lennox Hill, en Lexington Avenue y a un tiro de piedra de Central Park. Cada fin de semana, los niños con las rodillas ensangrentadas, dolores en las muñecas y algún que otro coscorrón llenan los pasillos del hospital con la mamá regañona al lado que repite constantemente: «¿No te dije que fueras más despacio?». En el Lennox Hill, las contusiones causadas por las caídas de los patinetes son las lesiones más tratadas durante los fines de semana ahora que el sol sale sin respeto sobre el horizonte neoyorquino.

El año pasado hubo en Estados Unidos 39.500 visitas a los hospitales de personas que resultaron heridas al caerse de sus *scooters*. De estas visitas, el 85% fueron de niños menores de 15 años que sufrieron roturas de muñecas, contusiones en la cabeza y golpes en el cuerpo y en la espalda. Además, hubo tres muertes de niños que iban en sus patinetes y que murieron arrollados por coches.

La policía dará una primera advertencia a los acompañantes adultos de uno de estos *fitipaldis* urbanos si es descubierto sin el casco. En caso de reincidencia —los niños, como los mayores, también tropiezan dos veces en la misma piedra— los padres serán multados con unas 10.000 pesetas.

«¡Que te pongas el casco!», insiste el padre. «¡Que no me lo pongo!», se defiende la niña. «Si te lo pones, te compro un polo», cede él. «De acuerdo», contesta ella mientras se acaricia la tripa pensando en el helado de tres sabores que se comerá gracias al alcalde Giuliani.

Remite ➡ FELIPE CUNA

ILUSTRACIONES: TOÑO BENAVIDES

CRONICA / Director adjunto: Miguel Angel Mellado / Redactor jefe: Agustín Pery / Redacción: José Manuel Bustamante / Ildefonso Olmedo / Ana María Ortiz / Cristina L. Schlichting